

Prólogo

VICENT MARTÍNEZ GUZMÁN*

Conocí a Gerardo Pérez Viramontes cuando inició sus estudios del Doctorado en Paz, Conflictos y Democracia. Era uno de los primeros doctorados que ofrecía la posibilidad de investigar en estudios de paz y conflictos, el cual teníamos por convenio entre las universidades españolas de Granada y Jaume I en Castellón. Lo organizamos el doctor Francisco Muñoz, desde Granada, y yo, desde Castellón. Era un doctorado pionero con un carácter interdisciplinar porque partíamos del hecho de que la investigación para la paz, el estudio riguroso y académico de las diversas formas que los seres humanos tenemos para hacer las paces, no requería de una única disciplina sino de la interrelación entre varias.

El mismo Gerardo cuenta, en el libro que presentamos, las inquietudes que tenía de indagar en los fundamentos conceptuales de la práctica que había venido realizando durante varios años en educación para la paz. Este doctorado era la oportunidad de estudiar estos fundamentos de las formas de hacer las paces desde el máximo nivel académico que pueden ofrecer las universidades. El colofón fue la elaboración, defensa y la consiguiente obtención del título de doctor, con una tesis codirigida por los doctores Alberto Acosta Mesas y el mencionado Francisco A. Muñoz Muñoz. Llevaba el título de *Reconoci-*

* Director honorífico de la Cátedra Unesco de Filosofía para la Paz, Universitat Jaume I, Castellón. Vicepresidente del Instituto Catalán Internacional de la Paz, Barcelona.

miento intersubjetivo de necesidades humanas para construir paz. El caso de Usmajac (Jalisco-México). Como se puede consultar en línea, era un excelente trabajo académico en el que combinaba su compromiso práctico, en este caso aplicado al caso de Usmajac, con su inquietud por hacer explícito el sentido de la investigación para la paz que fundamentara esa práctica.

El libro es un paso más en la trayectoria profesional de Gerardo Pérez Viramontes de combinar su compromiso práctico con la transformación de las violencias directas, estructurales y culturales que matan directamente, marginan o excluyen estructuralmente o colonizan las mentes culturalmente, por medios pacíficos, como señala el autor siguiendo a Johan Galtung. Acepto escribir estas reflexiones previas al contenido del libro como un honor y como un homenaje al que fuera su codirector de tesis y amigo común, Francisco Muñoz, que ya no está entre nosotros.

El libro está escrito después de haber tomado distancia reflexiva de la propia tesis doctoral y de enriquecerla con nuevos estudios y nuevas acciones de educación para hacer las paces, como comenta en los párrafos de carácter más autobiográfico.

En el mismo título ya se refleja que el autor está al día en los principales debates internacionales de investigación de la paz, estudios de los conflictos y su dimensión educativa. Al menos, desde el Programa para la Paz de los años noventa del siglo XX, propuesto por quien fuera secretario general de la Organización de las Naciones Unidas, Boutros Boutros-Ghali, ya no se trata tanto de simples procesos de pacificación (*peacemaking*) ni de mantenimiento de la paz (*peacekeeping*) sino, sobre todo, de procesos de construcción de la paz (*peacebuilding*), como se refleja en el título del libro. En nuestra interpretación se trata de construir la paz, de articular la convivencia por medios pacíficos. Estos medios pacíficos implican el desarrollo de las capacidades de ternura y cuidado de unos seres humanos por otros en las relaciones interpersonales, y políticas de justicia y transformación estructural y

cultural desde el punto de vista de la organización social y las relaciones institucionales.

Asimismo, desde el mismo título y el contenido propuesto, se usa y se explica ya el sentido de la “transformación” de los conflictos por medios pacíficos siguiendo a John Paul Lederach. En los estudios internacionales de los conflictos, como muestra el autor conocedor del tema, ya no se trata de “resolver” los conflictos. Esta concepción suponía una interpretación negativa de los conflictos, como algo intrínsecamente malo, que había que resolver a costa de lo que fuera; muchas veces a costa de la justicia de la misma resolución. Hubo una segunda etapa en la que empieza a considerarse, de manera compleja, el conflicto y el que sea positivo o negativo dependerá de cómo lo manejemos o gestionemos (*conflict management*). Sin embargo, esta terminología del *management* tampoco ha acabado de cuajar al apropiársela el neoliberalismo y se utiliza la terminología usada en el libro de “transformación de conflictos”. Muñoz usaba también la terminología, usada igualmente en este libro, de “regulación de conflictos”.

Los conflictos son inherentes a las relaciones humanas porque, como solemos mencionar en nuestros trabajos, de acuerdo con Immanuel Kant, los seres humanos nos caracterizamos por una “insoportable sociabilidad”. Somos seres relacionales, tal como se expresa etimológicamente en el prefijo “co-”, pero podemos “chocar”, que es la etimología que remite al verbo latino *fligere*, unos con otros, por intereses, relaciones de poder, ejercicio de capacidades o satisfacción de necesidades de unos a costa de otros, o de unos en colaboración de otros. Por este motivo decimos en nuestras publicaciones, siguiendo a Anatol Rapoport que conflicto y cooperación son dos caras de la misma moneda. Las violencias son las que no son intrínsecas a las relaciones humanas sino conductas aprendidas para afrontar los conflictos. Pero también podemos aprender a transformarlos por medios pacíficos y no violentos. Por este motivo, Gerardo, siguiendo a Cascón, utiliza en el libro la terminología “prevención” de conflictos, porque podemos no solo prevenirlos, en el sentido del prefijo “pre” que nos retrotraería al

pasado. Más bien, siguiendo las investigaciones de John Burton, que acuñó el término, podemos “provenir” los conflictos por medios pacíficos y con la construcción de un futuro diferente.

Para todo esto, como también refleja el título y se profundiza en el contenido, tenemos que ser educados. La etimología de “educación” remite al verbo *ducere*, que significa conducir. En nuestra terminología, que tuvimos ocasión de compartir con Gerardo en sus cursos de doctorado, los seres humanos tenemos capacidades y competencias, como hemos mencionado, para actuar de formas violentas. Pero también las tenemos para actuar haciendo las paces, como hemos dicho, con criterios de ética del cuidado y de políticas de justicia. La educación para hacer las paces, será aprender a conducirnos, según la etimología, para actuar con estos criterios de cuidado y justicia, como muestra el libro.

Por otra parte, la investigación que Gerardo Pérez Viramontes presenta en este libro no se encuentra aislada. Su paso por el doctorado del Instituto de Paz y Conflictos de la Universidad de Granada lo situó también en unas acciones de investigación para hacer las paces, que el autor resume con las palabras del maestro Francisco Muñoz: “el conocimiento de la Paz desde la perspectiva compleja, conflictiva e imperfecta”. Muñoz desarrolló el concepto de paz imperfecta por una parte como una alternativa a la pretendida paz única, absoluta e impuesta, que muchas veces ha servido para ocultar formas de dominación de unos seres humanos por otros. En segundo lugar, para reconocer momentos de paz a lo largo de la historia (Muñoz era catedrático de Historia Antigua) que se han visto oscurecidos por el predominio de la paz de los vencedores, impuesta como absoluta. Finalmente, “imperfecto”, en este contexto, no significa “defectuoso” sino dinámico, siempre en proceso, inacabado y que siempre nos deja tareas para hacer y para educarnos. El libro de Gerardo se inserta en estos procesos dinámicos, complejos, conflictivos y por eso termina con tareas a realizar.

Este compromiso investigador por resaltar las paces que, de manera dinámica, los seres humanos han realizado a lo largo de la historia,

nos ha llevado al planteamiento, recogido en el libro, de un “giro epistemológico”. Desde la filosofía entendemos la epistemología como el estudio del estatuto científico de los saberes y de las disciplinas. Lo que ocurre es que, muchas veces, preguntar por el estatuto científico de una determinada disciplina, por su epistemología, tenía oculta la pregunta de en qué se parecen, por ejemplo, las ciencias sociales o las humanidades, a la manera de entender la física desde la modernidad occidental del Norte colonizador, blanco, patriarcal y masculino. Desde esta perspectiva, como advertimos Muñoz y yo mismo, podemos convertir la investigación para la paz, como ciencia social, en un estudio violentológico y cuantitativo que impone un saber dominante y deja fuera a los otros saberes que Michel Foucault denominaba “saberes sometidos”.

Este peligro de dominación epistemológica de otros saberes que se sometían, nos llevó a plantear un cambio o giro epistemológico; a otras maneras de considerar cómo sabemos que podemos vivir en paz, cómo usamos los conocimientos para hacer las paces. Desde una perspectiva de la condición humana, teníamos que hacer investigación de la paz desde las capacidades mismas de los seres humanos para hacer las paces que, de manera realista, reconocemos que tenemos, junto con capacidades para ejercer todo tipo de violencias. Pero son las capacidades que tenemos para hacer las paces las que son positivas, y son las violencias las que son negativas porque interrumpen el ejercicio de las primeras. Ya es un giro epistemológico estudiar las formas de hacer las paces desde la explicitación de las capacidades para hacer las paces mismas. Desde el punto de vista de la historia, se trata de hacer no solo la historia de las guerras sino las de los tratados de paz, de los hitos históricos en que no ha habido guerras o cualquier tipo de violencia que rompiera la convivencia pacífica de los seres humanos.

Desde el punto de vista filosófico, nos llevó a plantearnos —como reproduce este libro adaptando una de nuestras propuestas— la alternativa a la objetividad, por la intersubjetividad; o la pretendida neutralidad de valores en la investigación, por un compromiso explícito con

los valores que defendemos de transformación estructural con criterios de justicia y políticas del cuidado, profundización en la democracia participativa, perspectiva de género o compromiso con el medio ambiente.

De ahí que hay que leer con un toque de atención crítico, la excelente relación que el libro establece entre la teoría de las necesidades básicas de Manfred Max-Neef y la teoría del reconocimiento de Axel Honneth. Es cierto que hay que explicar académicamente las diferentes propuestas que tenemos en la bibliografía internacional sobre cómo entender las necesidades humanas básicas de Johan Galtung, Abraham Maslow, Agnes Heller o el propio Max-Neef. Sin embargo, estas propuestas académicas no se tienen que imponer como un saber dominante. Más bien, tienen que estar interpeladas, matizadas, y dinámicamente consideradas, por el reconocimiento que las propias comunidades tienen de cuáles son sus necesidades básicas.

Algo similar ocurre con el “empoderamiento pacifista” que Muñoz propone y que el libro explica. No consiste en que unos seres humanos “empoderemos” a otros. Más bien consiste en que creemos las condiciones o, por decirlo acorde con Amartya Sen, las oportunidades adecuadas para que otros seres humanos a quienes se les ha negado el reconocimiento de sus capacidades, sean sujetos del ejercicio de sus propias capacidades, de su propio empoderamiento. Sería una forma de aplicar los tres ámbitos de reconocimiento de Axel Honneth, el del cuerpo para recuperar la confianza en sí mismo, el de los derechos para recuperar el autorespeto y el de las propias formas de vida para recuperar la autoestima. Creo que con estos matices críticos estarían de acuerdo Francisco Muñoz y Gerardo Pérez Viramontes.

Desde este contexto, en nuestra propuesta de giro epistemológico, recuperamos la noción de performatividad de la teoría de los actos de habla de John Langshaw Austin y la aplicamos a las epistemologías y a las concepciones de los seres humanos para hacer las paces. El concepto de performativo surgió como una alternativa a la predominancia del uso descriptivo del lenguaje para referir a hechos como su función

principal y más científica. Austin empezó hablando de unas emisiones o actos de habla, como el de prometer, que no consisten en constatar o describir hechos, sino en que los seres humanos nos hacemos cosas unos a otros. Decir “yo prometo” no describe nada, sino “realiza, ejecuta, performa” la acción de prometer. No es una emisión verdadera o falsa en el sentido de corresponderse con los hechos. Lo que preguntamos es si es afortunada, si se ha dicho con intención de cumplirse, qué compromisos establece entre los hablantes y qué responsabilidades asume quien hace el acto de habla. Finalmente, vio que todo decir es hacer y que nos liga a unos seres humanos a otros de forma dinámica y permite que nos pidamos cuentas de por qué nos hacemos lo que nos hacemos, decimos lo que decimos y, por mi parte, añadía, callamos lo que nos callamos.

Es cierto que la performatividad tiene un carácter constructivo de las relaciones sociales y hasta de la realidad social. De hecho, una de sus diversas aplicaciones es la de la feminista Judith Butler, que habla de que la identidad sexual es performativa, porque siempre se está dinámicamente constituyendo, construyendo o realizando. En este libro se pone también el énfasis en el carácter de construcción social de nuestros saberes. La alerta crítica en esta ocasión es que, a veces, esta construcción social se ha interpretado de manera frívola, como negando que hubiera hechos de la realidad dolorosos, repletos de injusticias y violencias. No es el caso de este libro, que explica el constructivismo de manera muy matizada. Precisamente una consideración compleja del concepto de performatividad no se queda en su mero carácter constitutivo o de construcción social sino que insiste, como hemos dicho, en las responsabilidades que asumimos y los compromisos que tenemos unos seres humanos con otros, por lo que nos decimos, hacemos y callamos.

De la misma manera, se refiere el libro a las cuatro D, que en un tiempo usábamos para la construcción de la paz: desarme, desarrollo, democracia y derechos humanos. Los matices críticos vendrían aquí, desde el giro epistemológico que parte del reconocimiento de

los saberes sometidos, para no imponer unas maneras de entender estas palabras impuestas desde el Norte colonizador, sino atento a los saberes locales y a las críticas decoloniales. De ahí que haya que estar alerta críticamente, como hace Oliver Richmond, frente a los procesos de construcción de paz que con criterios como el de las cuatro D, imponen la dominación de la paz neoliberal.

Todas estas reflexiones y más, que se pueden escapar al escribir el prólogo, se pueden encontrar en este libro. Es un buen instrumento para agudizar, como el mismo texto refiere, nuestra imaginación moral para hacer las paces. Hay que leerlo, reflexionarlo y llevar a la práctica sus múltiples sugerencias educativas.